Nuestra reunión de Representantes de países de casi todas las razas del globo, de Delegados de todas las naciones, reunidos con el objeto de entenderse mejor; nuestros trabajos inspirados por aspiraciones amigables buscando el aproximamiento de las ideas comunes; el cambio de pensamientos frecuentemente demasiado divergentes, pero tendiendo siempre hacia una base conciliadora, son tal vez las primeras piedras del cimiento de un vasto templo de armonía internacional, bajo cuyo techo hospitalario podrán vivir los pueblos de todos los países, unidos en una gran civilización universal. No es una quimera, ni ser un visionario el esperar que nuestras reuniones periódicas, aunque de un carácter restringido y técnico, tendrán en un porvenir, no muy lejano, el efecto de inspirar á los Gobiernos políticos, á los personajes diplomáticos, el espíritu conciliador bajo cuyo régimen todo conflicto, toda diferencia y toda divergencia, serán arreglados por un tribunal de arbitraje del cual nuestro Congreso habrá sido el feliz prototipo y modelo.

Tocamos al fin del siglo XIX. Antes de la reunión del sexto Congreso habremos entrado en la vasta «terra incognita,» Roma, que ha visto nacer la era cristiana, que no ha dejado de ser el centro de la civilización, y que permanece aún en la plenitud de sus fuerzas renacientes para recibir á nuestros sucesores. Deseemos que el régimen inteligente y liberal de Humberto, nos tienda entonces la mano, y que las palabras de bienvenida sean pronunciadas por la voz clara y simpática de nuestro querido colega, el Jefe de la Legación italiana, cuando vayamos á su vieja capital.

¿Y qué esperamos nosotros de ese siglo XX para la Unión Postal Universal? ¿Qué invenciones se habrán desarrollado y puesto á nuestro servicio? Teniendo en cuenta los descubrimientos de estos últimos tiempos, debemos esperarnos grandes sorpresas.

El país de Franklin, de Morse y de Edison, ha contribuído grandemente á extender los medios de correspondencia y de comunicaciones sociales y comerciales.

En cuanto á mí me atrevo á predecir que, á contar de la próxima reunión, ya no habra correspondencias hechas á la pluma. La electricidad se apoderará de todas las cartas cerradas y tarjetas postales. La intercomunicación, ya sea en el interior de los continentes, ya sea á través del Océano, se hará por medios telegráficos ó por otros sistemas más fáciles aún, y nos asombraremos de haber discutido hoy, de una manera tan seria, el peso de las cartas postales y los gastos de transportes de las correspondencias por tierra y mar.

Señores y queridos colegas: con vivo pesar veo que se aproxima el tiempo penoso de las despedidas. Nuestra tarea está terminada, y cada uno va á emprender de nuevo el querido camino de la patria.

La perfecta cortesía, la buena amistad y la benévola indulgencia que todos me habéis manifestado, me han conmovido siempre vivamente y hacen hoy difíciles de pronunciar las palabras de adiós.

Os lo agradezco de todo corazón y espero que guardaréis un afectuoso

recuerdo de vuestro Presidente, así como de vuestros colegas de los Estados Unidos de América.

Es un grande honor para mí el haber tenido que presidir reuniones de hombres tan inteligentes y tan distinguidos. Como americano, he estado orgulloso de veros tomar asiento en mi querida patria, y al expresar este sentimiento, soy el eco de nuestro pueblo entero.

Quiero esperar que pensaréis con frecuencia y con gusto en vuestra permanencia entre nosotros, y yo hago votos por que lleguéis sin contratiempo á la patria lejana.

Y en el júbilo de la vuelta, no olvidéis á los amigos de Washington, que no os ven partir si no es con un sincero sentimiento».

El Sr. Delessert, Delegado de Suiza y decano, respondió en estos términos:

«Señores y queridos colegas:

El 4 de Julio de 1899, reunidos en sesión de clausura, se avisó al Congreso Postal Universal de Viena, por el Delegado de los Estados Unidos, que había recibido de Washington un telegrama concebido en estos términos:

« El Departamento de Correos de los Estados Unidos de América saluda al Congreso Postal Universal de Viena y estima altamente el honor de la elección de Washington para el próximo Congreso. Queda reservada la más cordial bienvenida á la reunión postal de 1897.—Wanamaker.»

Hemos venido y cada uno ha podido asegurarse de que se ha cumplido con la promesa.

Durante nueve días, el Gobierno de los Estados Unidos ha puesto á nuestra disposición un tren espléndido de un *confort* absoluto, dotado de un personal selecto, con el cual hemos podido recorrer una parte del inmenso territorio de los Estados Unidos, admirar las maravillas de la Naturaleza, del comercio y de la industria, los grandes medios de comunicación, los capitolios, las universidades, las bibliotecas. Hemos visto, también, la fuente inagotable de las riquezas de este grande y hermoso país.

Después de habernos mostrado la grandeza de esos medios de futura prosperidad, conduciéndonos en fin al arsenal de Alcany, se ha querido tal vez hacernos comprender que si, en el concierto universal, se viniese á entonar un himno á la Fuerza, los Estados Unidos estarían en aptitud de hacer oir en él un magnífico bajo. Mentalmente, varios de entre nosotros hubieran contestado lo que el telegrafista al recibir un despacho: «comprendido». Pero aquí debemos añadir que la familia Postal Universal trabaja en la Composición de un himno á la Paz y que espera que los Estados Unidos de América acompañarán *sotto voce*.

Además de esta manifestación oficial, hemos visto con viva gratitud el aliento de las Cámaras de Comercio y de las poblaciones de las inmensas ciudades que hemos visitado. La iniciativa individual se ha manifestado por

invitaciones tan numerosas cuanto amables y, especialmente, por el espléndido paseo en buque de vapor ofrecido por el honorable general Sr. Carrol.

Después hemos visto en el conjunto del personal de correos, un celo y una dedicación dignos de todo elogio.

Hemos, pues, contraído respecto á todos, una deuda de agradecimiento, la que quisiéramos pagar de buena gana por medio de estas cuantas palabras, pálida expresión de nuestro sentimiento. Decimos:

Al Gobierno de los Estados Unidos: gracias por habernos hecho admirar vuestros capitolios, focos de vida y garantías contra la indiferencia política que conduce al servilismo; vuestras universidades y vuestras bibliotecas, faros en el camino de la libertad. Que pueda vuestro país constituirse en el templo de ella y hacer que este descanse sobre las columnas de la ciencia, que da luz; de la justicia, que levanta á las naciones; del trabajo, que es el esfuerzo necesario, y de la fe que transporta las montañas.

Y que si alguna vez, el prevaricador viniese á penetrar en el sagrado recinto, se encuentre con discípulos del Nazareno que, como él, arroje, con el látigo en la mano, á los ladrones del templo!

¡Gracias á nuestro excelente Presidente, que con una solicitud discreta y constante, se ha sabido ocupar de cada uno de nosotros, facilitar siempre nuestra tarea y encontrar siempre una palabra benévola. Con una modestia conmovedora, se disculpaba cuando quería hablar con efusión, al verse obligado á emplear su lengua materna, la lengua de su madre! Pero señores, todos le hemos comprendido: era el lenguaje del corazón, en uso desde hace poco en la Familia postal y que acabaremos de aprender enteramente en Roma, en donde se habla á la perfección, según nos lo ha probado nuestro Excelente y antiguo amigo el Sr. Chiaradia.

Debemos, en fin, un justo tributo de elogio al personal, hábil y dedicado de la Oficina Internacional que, bajo la distinguida dirección del señor Hohn, ha hecho todo lo posible para facilitarnos el estudio de las cuestiones que teníamos que resolver.

Gracias á la cortesía, á la paciencia y á la decisión de nuestro muy querido Presidente, hemos sido conducidos por él á través de los escollos de la discusión y, á guisa de experimentado piloto, nos ha conducido á buen puerto. Nos vamos á hacer á la vela con rumbo á la patria, pero antes de separarnos es conveniente examinar nuestro cargamento.

El sueño de Stephan se ha realizado: Por los nuevos aditamentos que se han hecho en Washington, la Unión Postal Universal ya no tiene hoy más límites que los de la civilización.

Allí donde ella termina, comienzan las tinieblas y las miserias de la barbarie.

Esto es ya un grande y hermoso resultado.

La disminución gradual de los gastos de tránsito y la supresión de la estadística, constituyen progresos muy apreciables para las Administraciones.

La baja de precio de los giros, la posibilidad de seguirse procedimientos judiciales para el cobro de los créditos, el aumento del peso máximo de las

muestras y otras muchas facilidades de detalle, más tangibles serán, y por eso mismo más apreciadas del público, que generalmente espera una reducción de las tarifas y un aumento del peso sencillo.

Habeís venido todos aquí con la intención de conceder al público todo lo que pueda simplificar las operaciones, sin comprometer la seguridad de los cambios, con el proyecto de reducir las tarifas. Desgraciadamente, las exigencias del presupuesto y el estado actual de los servicios interiores no han permitido caminar según los deseos de la mayor parte de vosotros; pero, señores, la labor aquí ejecutada prueba que estáis en la ruta del progreso. Ella conduce á Roma, á donde llegaréis todos, lo espero, instruídos por la experiencia y mejor abastecidos para vencer los obstáculos que se oponen actualmente á las reformas capitales.

Todavía una palabra más, la palabra final:

El correo debe tener para el público el máximum de utilidad; cuando, sin cargos para el fisco, pueda aumentar esa utilidad, es un deber para él hacerlo, pues así contribuye á la prosperidad pública y, por consiguiente, á la del Tesoro.

Esto nos conduce á emitir un voto que, si es apoyado, podrá ser sometido por una circular de la Oficina Internacional al examen de las oficinas de la Unión. Hélo aquí:

«Poner en estudio la cuestión de la creación de un sello de fechas internacional, que señale en su corona exterior ó en algún otro lugar conveniente, la indicación del tiempo probable.

Señores: el conocimiento del tiempo probable es de la más alta importancia para el comerciante y para el agricultor. Este último no tiene en la actualidad los medios de que se le advierta á tiempo para salvar el fruto de sus labores. Ahora bien, con la colaboración del telégrafo y de los principales observatorios meteorológicos del mundo, será posible anunciar con algunos días de diferencia, el ciclón devastador ó el frío súbito, que parten del Oeste ó del Norte y que amenazan á los buques, la vida de los marineros, de modestos pescadores, las cosechas de los preciosos viñedos de Portugal, de España, de Francia, de Italia y de Alemania.

Ese sello empleado en las grandes ciudades, en los puertos de mar y en los grandes centros vinícolas, al informar al público con algunos días ó aun con algunas horas de intervalo, salvaría vidas y fortunas.

En apoyo de nuestra idea, recordamos que hemos visto en América una máquina que sella 40,000 piezas en una hora; serían pues 40,000 avisos que irían cerca y lejos á anunciar á los interesados las precauciones que deberían tomar.

Además, recordemos que desde San Luis al descender del Mississipí, nuestro paseo, muy bello á la verdad, fué entristecido por la vista de árboles arrancados, de buques de vapor destruídos, de casas derribadas por uno de esos huracanes súbitos que ha causado en esta región pérdidas por más de 50 millones de francos; la carta timbrada, penetrando por todas partes y

anunciando el tiempo, sería la señal de advertencia para los ansiosos dueños de viñas, para los navíos, para los viajeros.

He ahí, señores, una nueva utilidad para el correo, utilidad que no cuesta nada al fisco; que preserva vidas y tiende á conservar la riqueza nacional. Nosotros arrojamos el germen de ella sobre la tierra americana. Que ella pueda ser examinada por vosotros con algún respeto y recibir pronto su realización, pues hay inmensas riquezas que preservar, y lo que es aún más precioso, vidas que conservar.

Ahora, señores y queridos colegas, hasta la vista, feliz vuelta á vuestros hogares.

Tierra de Washington, adiós!»

El Sr. Walpole, Delegado de la Gran Bretaña, se expresó en seguida como sigue: «No es fácil añadir algo á los muy elocuentes discursos de nuestro Presidente y de nuestro decano. Pero confío en que me será permitido, Sr. Presidente, manifestaros cuánto hemos apreciado la manera muy digna y muy conciliadora con la cual habéis dirigido nuestras sesiones. Acabáis de hablar de la conciliación de que hemos dado prueba en el curso de nuestras deliberaciones; yo creo que al obrar de esa manera, no hemos hecho sino seguir vuestro ejemplo. Habéis conquistado nuestros respetos y consideraciones. Pero no es solamente á vos, Sr. Presidente, á quien debemos expresar nuestros agradecimientos. Vuestros colegas de los Estados Unidos y sus funcionarios agregados han contribuído, en mucho, á la feliz terminación de nuestros trabajos y al éxito de nuestra excursión de la semana pasada.

Deseo, también, expresar nuestros agradecimientos por los numerosos trabajos llevados á cabo por los funcionarios de la Oficina Internacional, y, especialmente, por su honorable director el Sr. Hohn.

Hay todavía otro deber que debo llenar. Os suplico, Sr. Presidente, manifestéis al Sr. Presidente de los Estados Unidos, á los Gobernadores de los grandes Estados y á los Presidentes municipales de las grandes ciudades, que hemos visitado, nuestro muy vivo reconocimiento por la buena acogida que nos han dispensado.

Aún una palabra, señores. Vamos á encontrar de nuevo en nuestros hogares, nuestros deberes y nuestros trabajos; pero jamás olvidaremos nuestras sesiones en esta hermosa ciudad de Washington, en donde hemos trabajado por el mejoramiento de las comunicaciones postales del mundo. Recuerdo en este momento, la mañana en que nos encontrábamos reunidos en una pequeña iglesia de esta ciudad. Los representantes de 60 naciones y no sé de cuántas religiones, se habían encontrado para manifestar sus respetos hacia un colega desgraciadamente fenecido y para encomendar su alma al Dios de todas las naciones del mundo, tanto occidentales como orientales. Me parece que esta reunión fué el tipo de nuestro Congreso. Nosotros, los Delegados de 60 naciones, nos encontrábamos reunidos bajo un mismo pensamiento, casi iba á decir, bajo una misma religión. Espero que este pensamiento se robustecerá de más en más en nuestros trabajos y que el mejoramiento de las comunicaciones del mundo, por la cual hemos trabaja-

do, nos conducirá á la amistad de las naciones, á la fraternidad de los hombres y á la paz universal».

Después de este discurso, el Sr. Chávez, Delegado de México, manifestó al Sr. Presidente y al pueblo americano, en nombre de los Delegados del Nuevo Mundo, su reconocimiento por la buena hospitalidad que los miembros del Congreso han recibido en los Estados Unidos. El Congreso de Washington, es digno de su nombre de Congreso Universal, pues él ha agrupado en la Unión Postal á todos los pueblos civilizados del mundo. Es fuerza felicitarse, también, de que haya realizado una gran reforma en la delicada cuestión del tránsito.

El Sr. Chiaradia, Delegado de Italia, dijo que no tenía intención de hacer uso de la palabra, pero que no puede guardar silencio después de haber oído las palabras tan afectuosas que le han sido dirigidas por el Presidente y por el decano del Congreso. Tiene la convicción de que estas palabras han sido pronunciadas con motivo de su patria y de Roma, lugar de reunión del próximo Congreso. Está profundamente agradecido y abriga la esperanza de que el Congreso de Roma dará, como el de Washington, nuevos pasos en el mejoramiento de las relaciones postales internacionales. El Sr. Chiaradia terminó dando las gracias calurosamente á la ciudad de Washington y á la República de los Estados Unidos, por la cordial hospitalidad con que han acogido á los Delegados.

El Sr. Rosewater, Delegado de los Estados Unidos de América, deseó dar las gracias á los señores miembros del Congreso por las alhagadoras palabras que han pronunciado dirigidas á la Delegación y á los ciudadanos de los Estados Unidos. Añadió que si no se habían llenado todas las esperanzas de los Delegados extranjeros, no había sido ni por falta de la Delegación americana, ni de la Administración de Correos, ni del Gobierno. Los Delegados han sido llevados á los lugares más sagrados de la República y á las ciudades más importantes y de mayor extensión. El Sr. Rosewater espera que los Estados Unidos podrán pronto adherirse á los Arreglos postales en los cuales no toma aún parte; hizo, en fin, el voto, de que todos los Delegados presentes se vuelvan á encontrar en Roma y les deseó un feliz regreso á su patria.

El Sr. Vizconde de Santo-Thyrso hizo notar que, entre los Delegados, hay algunos diplomáticos. Se hace intérprete de ellos para manifestar su sentimiento al ver partir á los Delegados extranjeros y para manifestar á los Delegados americanos, y especialmente al Sr. Presidente, el placer que experimenta en permanecer entre ellos.

El Sr. Presidente expresó que tocaba á él pronunciar ahora las últimas palabras: El Congreso Postal Universal de Washington, queda clausurado y se levanta su última sesión.

La sesión se levantó á las tres y media de la tarde.

Washington, Junio 15 de 1897.

En nombre del Congreso.

El Presidente,
BATCHELLER.

El Jefe de la Secretaría,
H. GALLE.

Los Secretarios:

WENDLING,
CHAILLÉ-LONG.

KRAINS,
ROBERT S. HATCHER.

UNION POSTAL UNIVERSAL

TEXTO DEFINITIVO DE LAS ACTAS

DEL

CONGRESO POSTAL UNIVERSAL DE WASHINGTON